

—Soy yo, Catalina, soy Juan Alberto, el primo de Fabiola. No grites, por favor.

Aflojé mi cuerpo y dejé de gritar. ¡Era la voz de JuanA! Lo había reconocido. Él se dio cuenta y me soltó. A tientas, busqué la linterna y la encendí para conseguir vernos mejor el uno al otro. Los dos quedamos apretujados frente a frente dentro de la guarida sin decir nada.

¿JuanA? ¿Qué estaba haciendo el primo de Fabiola en nuestra cueva secreta? ¿Cómo sabía de su existencia?

—¿Cómo llegaste aquí? —le pregunté intrigada.

—Gracias a Fabiola. Necesitaba esconderme y no sabía adónde ir. Cuando pasé corriendo frente a tu casa, me acordé de la cueva secreta y entré.

Mientras él me explicaba, recordé la carta, aquella que Fabiola había escrito rápidamente para enviarla a su primo con la chica de la bicicleta.

—Pensé en llamar a tus padres, pero no los conozco —concluyó.

—Igual no están —me apresuré a explicar—. Tampoco Fabiola. Le subió mucho la fiebre y la llevaron al médico.

De pronto vi que un gesto de dolor le cambiaba la expresión de la cara.

—¿Estás lastimado?! —exclamé preocupada.

Juan Alberto levantó un poco la pierna y yo alumbré con la linterna donde él me indicaba. El pantalón estaba roto y bajo la tela desgarrada se veía una fea herida. Yo nunca había contemplado nada así, con tanta sangre, y me asusté. Por un instante me sentí mareada, así que respiré con fuerza por la nariz varias veces hasta que conseguí reponerme. No era momento de acobardarse.

—Fue un caballo, en el liceo. Entraron los militares a sacarnos.

—Ya sé lo que pasó. Nos contó una vecina —le dije, aunque omití aclarar que yo me había enterado espiando conversaciones ajenas detrás de un árbol.

Nuevamente nos quedamos en silencio. Yo trataba de pensar rápidamente en lo que



debía hacer. Mis padres no estaban, tampoco Fabiola, y mis hermanos no me prestaban ninguna atención. Sobre el padre de Rómulo no sabía qué pensar; no lo conocía mucho, así que me resultaba imposible adivinar cómo podía reaccionar ante aquel problema. Era importante que nadie supiera dónde se encontraba JuanA, sobre todo ningún militar o policía. No debíamos arriesgarnos.

Entonces recordé que mi madre siempre afirmaba que cuando estamos frente a un ser más frágil y que necesita de nuestro auxilio no hay que pensarlo mucho, simplemente hay que actuar. Claro que ella se refería a bichitos en situaciones difíciles; nunca había mencionado nada sobre personas.

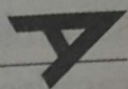
Intenté dilucidar si un consejo que funcionaba para un pajarito con el ala rota o un cachorro atrapado bajo una alambrada, también podía adecuarse a la pierna lastimada de JuanA. Aún sin tener claro lo que opinaría mi madre en este caso, concluí que debía apoyarlo. ¡Se trataba de Juan Alberto! Le doblaba demasiado la pierna para arreglarse solo

y, a fin de cuentas, siendo primo de Fabiola, resultaba ser casi, casi, como de nuestra familia.

Entonces me acordé de la vergüenza que me dio aquella vez en que me lo presentaron y volví a ponerme toda colorada. Cuando me di cuenta del calor en mis mejillas, apagué la linterna para que él no lo notara.

—Yo te voy a ayudar —le aseguré con firmeza, aunque en ese momento no tenía la menor idea de qué cosa podía hacer para solucionar los problemas de Juan Alberto.





Lo primero era curar la herida en la pierna de JuanA.

Pero cuando fui a buscar lo necesario a casa, me encontré con que mamá, además de cerrar la puerta de entrada —para mi completa sorpresa, ya que nunca había visto que tuviera llave—, también había trancado la puerta del patio.

Después de rezongar por lo bajo, di unas vueltas alrededor de la casa hasta que descubrí abierta la ventana del baño de abajo. Desafortunadamente solo se abría la parte

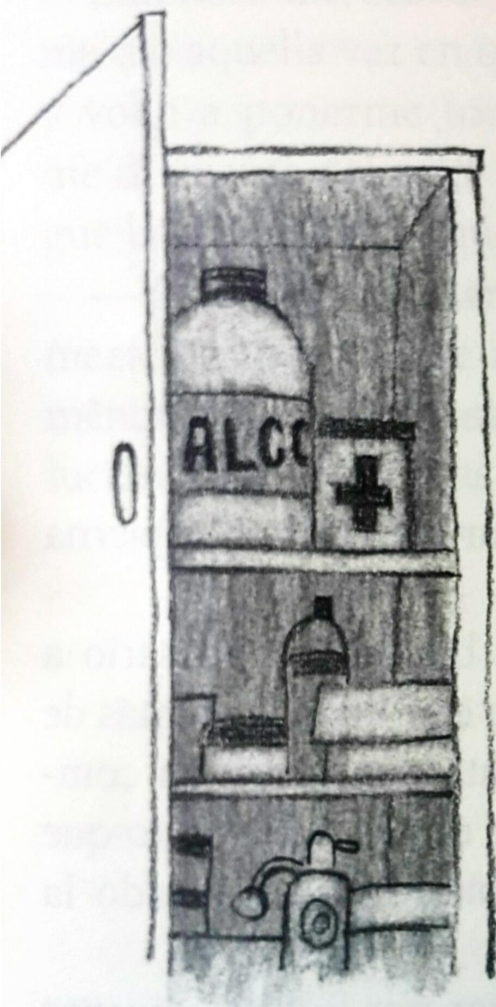
superior, a modo de banderola, por lo que resultaba pequeña e incómoda para pasar.

Sin embargo, en aquellos tiempos yo era muy delgadita. así que después de pasar la

cabeza inclinada sobre un costado, que era lo único que en realidad tenía grande, conseguí meterme en el baño.

Me apresuré a llevarle a JuanA las cosas necesarias: algodón, vendas, agua oxigenada, curitas y gasas. Por fortuna, también se me ocurrió tomar de la cocina un trozo de Pascualina que encontré en la

heladera, una banana y una botella que llené





con agua, ya que resultó que JuanA, además de herido, estaba muerto de hambre y sed.

Mientras yo lo alumbraba con la linterna, el primo de Fabiola rompió la pernera del pantalón y él solito se lavó y se puso alcohol sobre la herida, que, por cierto, resultó ser bastante profunda. Recuerdo haber pensado en Juan Alberto como el muchacho más valiente que yo había visto en toda mi vida. Claro que mi vida no había sido muy larga en ese entonces, pero igual yo estaba muy impactada.

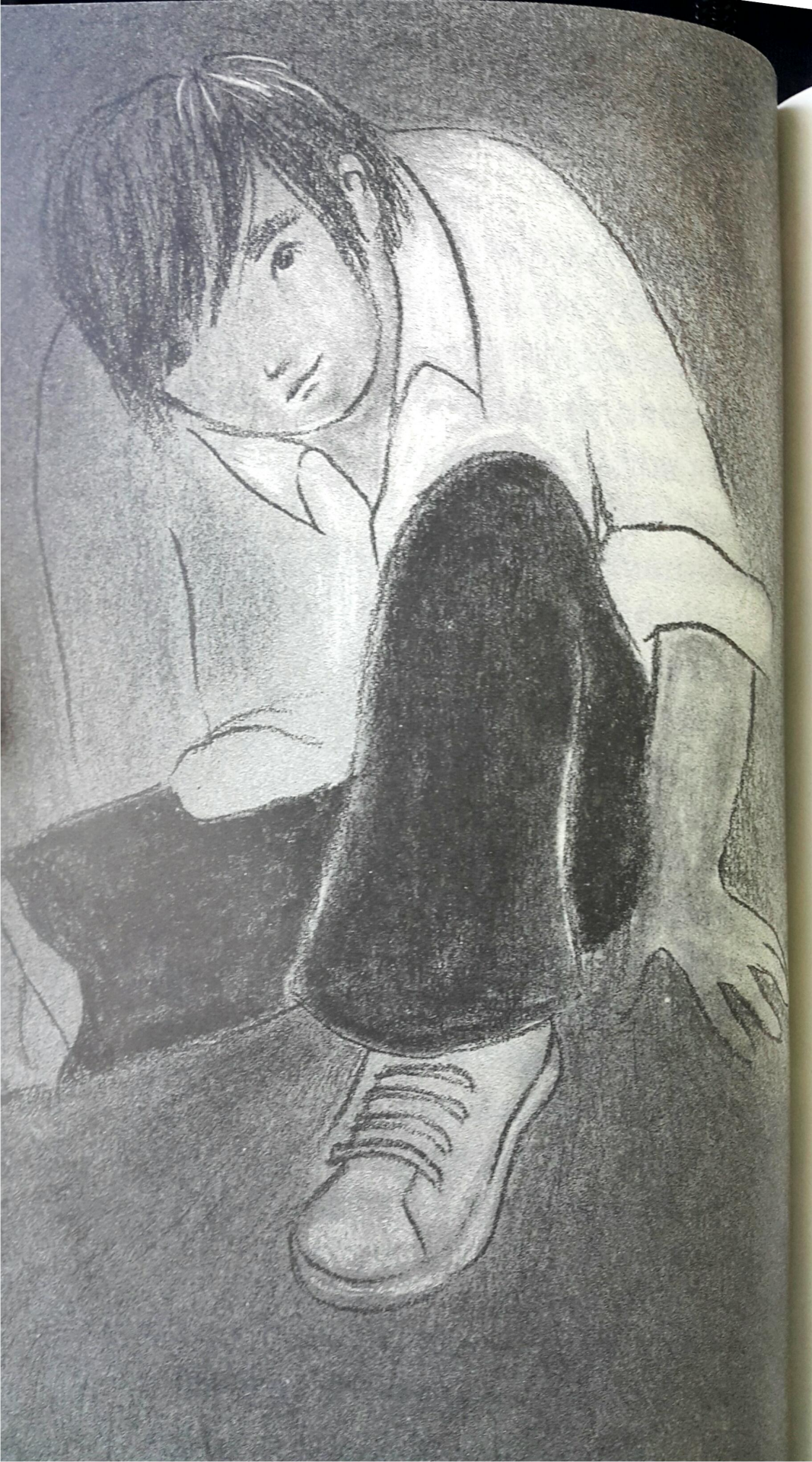
—No le comentes nada a tus padres, Cata —me pidió cuando terminó de vendarse el corte—. En cuanto me sienta mejor, me voy. No quiero meter en problemas a tu familia.

Luego me dio un fuerte apretón de manos, como si fuéramos dos adultos cerrando un trato, y agregó muy serio:

—Eres una buena amiga.

Después soltó mi mano y me hizo una guiñada que intentó ser juguetona, pero como a la vez se le asomaba en la mirada una especie de tristeza o preocupación, no







sabría definirlo bien, me quedé adentro mío con una sensación extraña.

—Debo irme antes de que descubran que no estoy —le dije, y salí con rapidez.

Estaba tan nerviosa que ni siquiera me despedí correctamente. Mientras gateaba abandonando la guarida, sentí que el corazón se me iba a escapar por la boca; estaba asustada y emocionada al mismo tiempo. Nunca, nunca, nunca había sentido una sensación tan fuerte como aquella.

Salí corriendo, trepé al árbol, me aferré de la cuerda y crucé a la casa de Rómulo sin darme cuenta de nada. Solo desperté de esa especie de trance cuando, al dejarme caer sobre el patio vecino, volví a rasparme las rodillas.

¡Qué alto que estaba aquello! Decididamente resultaban más seguros los pasajes que yo construía por debajo de las alambradas. Por lo visto, mis hermanos y Rómulo no eran tan buenos como creían en esto de los clubes secretos. ¡Si ni siquiera habían conseguido inventar un cómodo pasadizo para cruzar con tranquilidad!



Una vez del otro lado, me quedé inmóvil por un rato. Necesitaba controlar mi respiración antes de presentarme en la casa de Rómulo. Ninguno ahí dentro debía sospechar la aventura que acababa de vivir.

Mientras esperaba a que mi pulso recuperara su ritmo normal, aproveché para repasar mentalmente la situación. Después de evaluar las ventajas y las consecuencias de mis distintas posibilidades de actuar, decidí ahí mismo que no le contaría a nadie que JuanA estaba en nuestro refugio.

Daba por descontado contarle todo a Fabiola; era mi mejor amiga y entre nosotras no había secretos, pero a mis hermanos no les diría nada por antipáticos.

En cuanto a mis padres, pensé que ya pasaban por demasiadas dificultades y como, de cualquier forma, JuanA planeaba marcharse ni bien se sintiera capaz de caminar, no valía la pena inquietarlos. Calculé que para cuando regresaran a casa por la noche, nuestra guarida secreta ya se encontraría vacía, o como máximo a la mañana siguiente.



Por otro lado, yo me había prometido resolver mis propios problemas, y estaba dispuesta a cumplirlo.

Entré en la cocina de Rómulo justo cuando empezaban a tomar la leche.

—Te estuvimos llamando —me rezongó Batán—. ¿Dónde te habías metido?

—No escuché. ¿Hay yogur? —pregunté rápidamente al papá de Rómulo para cambiar el tema. Me acerqué a la pileta para lavarme las manos y abrí la canilla. Para mi sorpresa, el agua que caía entre mis dedos se volvía roja al contacto con mi piel.

El padre de Rómulo, que estaba a mi lado, se asustó mucho.

—¿Qué es eso? ¿Te cortaste? —me tomó rápidamente las manos para examinarme.

De inmediato me di cuenta de lo que estaba pasando: no era mi sangre la que chorreaba en la pileta, sino la de Juan Alberto.

Comprendí que mientras lo ayudaba a vendar su herida me había manchado las manos. No podía decir la verdad sin delatar la presencia de JuanA escondido en el terreno

de casa. Por eso decidí no soltar ni una palabra al respecto. El problema consistía en que todos a mi alrededor aguardaban impacientes por una explicación.

«Piensa rápido, Catalina, piensa rápido», me dijo mi cabeza que hiciera, pero no se me ocurría nada. Mi mente era un cuaderno con todas las hojas en blanco. Justo en ese momento, mi hermano Fabricio también se acercó para revisarme y descubrió los raspones en mis rodillas.

—Es de ahí, de ahí viene la sangre —exclamó señalándome las piernas.

—Es cierto —confirmé y luego, mintiendo con descaro, agregué—: me caí hace un rato del ciruelo de enfrente.

El padre de Rómulo, al ver que no se trataba de algo grave, suspiró aliviado y fue al baño en busca de unas curitas.

Cuando me pasaron alcohol por las rodillas hice un poco de teatro, con suspiros, llanto y todo eso. Aunque el algodón salía con más mugre que otra cosa, quise mostrar un poco de dolor para dejarlos a todos con-



vencidos de que aquel era el origen de la sangre.

Rómulo y Batán se sintieron culpables de haberme dejado sola y se dedicaron a contarme chistes el resto de la tarde. El padre de Rómulo me dejó comer doble ración de galletas de chocolate. Pero mi hermano Fabricio, que como era el mayor de todos nosotros era también el más vivo, me miró a los ojos y, cuando nadie lo escuchaba, me dijo bajito:

—Mucha sangre para un rasponcito, ¿no?

—Me dolió mucho —le aseguré muy seria, e inmediatamente miré para otro lado.

Fabricio sospechaba algo, pero yo estaba decidida a guardar el secreto.

Pensé que debía andarme con cuidado durante las próximas horas para que no me descubrieran y, sobre todo, para que nadie adivinara la presencia de JuanA refugiado en la guarida secreta.

Solo unas horas, las suficientes para que sanara la herida y Juan Alberto se fuera.

Papá llegó a buscarnos más tarde con la buena noticia de que Fabiola estaba mejor.

En el hospital le habían realizado algunos estudios, preocupados porque la fiebre no bajaba, sin encontrar nada grave; solo una fuerte infección en la garganta.

—Esta noche dormirá en el hospital por precaución, pero antes del mediodía le dan el alta y vuelve a casa —explicó mi padre, y agregó a modo de advertencia—: Así que mañana nada de peleas ni relajo. Fabiola tiene



que tomar un montón de medicinas y descansar para reponerse.

Por supuesto me alegró la noticia. Pero el hecho de que mi amiga no hubiera regresado con papá esa misma noche me puso de un mal humor terrible. Aunque yo era una persona fuerte de carácter y en absoluto chismosa, me resultaba difícil resistir a la necesidad de compartir con alguien mi fantástica aventura. Y ahora estaría obligada a hacerlo.

Por otro lado, si bien JuanA me había pedido guardar el secreto, estaba segura de que en ese compromiso de silencio no estaba incluyendo a Fabiola; siendo su prima, sin duda querría verla. Al día siguiente no iba a faltar oportunidad de contarle todo a mi amiga, pero seguramente sería demasiado tarde para que ambos se encontraran y eso me dio pena. Sabía cuánto extrañaba Fabiola a su familia y no podía dejar de pensar en la alegría que le habría dado abrazar a JuanA, sobre todo ahora que se había vuelto un fugitivo y necesitaba de nuestra ayuda.



Pasé buena parte de la noche meditando sobre Juan Alberto. ¿Qué haría cuando se marchara de casa? ¿Lo estarían buscando por ser uno de los dirigentes del movimiento de los estudiantes o como sea que se llamara lo que hacían en el liceo? ¿Adónde iría?

Pensé en acercarme hasta la guarida para ver si todavía estaba allí dentro y si necesitaba algo. Pero de solo imaginarme corriendo por el fondo oscuro, rodeada por árboles de ramas enormes que se agitaban con el viento, me paralicé de miedo. Decidí aplazar mi visita hasta la llegada del sol.

Me hice el firme propósito de levantarme muy temprano. Si lograba ir a primera hora de la mañana, todavía tendría una pequeña chance de alcanzar a despedirme de Juan Alberto, además de llevarle alguna cosa de comer para el desayuno.

Lamentablemente, no conseguí madrugar.

Me desperté en el momento en que Fabiola entró con mamá al cuarto. Era sábado y mi padre nos había dejado dormir hasta



muy tarde. Mi amiga no lucía un buen aspecto, su cara estaba muy blanca y se veía débil, pero me dedicó una sonrisa enorme, lo que me llenó de alegría.

—Fabiola tiene que descansar, así que nada de saltar ni correr. Si querés ser una buena amiga, armen un rompecabezas o leele un libro entretenido —me sugirió mamá, mientras me saludaba con un beso en la cabeza.

Ayudé a mi madre a sacar la cama marinera mientras Fabiola se ponía el pijama.

—Voy a contarle un cuento de aventuras, mamá —le aseguré.

Fabiola se metió en la cama. En cuanto nos quedamos solas, bajando mucho la voz y poniendo mi mejor cara de película de misterio, empecé a narrarle todo lo ocurrido con JuanA el día anterior. Mientras avanzaba en mi relato veía los ojos de mi amiga poniéndose grandes como platos.

—¡Vamos ahora mismo! —pidió Fabiola, y abandonó de un salto la cama.

—No, Fabiola. Seguramente tu primo ya se fue. Además, si salís, mi mamá te mata.



—Quiero ir —insistió, y antes de que yo pudiera evitarlo, ya se estaba vistiendo de nuevo.

—Tranquila, antes necesitamos un plan.

Después de pensarlo un poco, conseguimos armar un buen esquema de acción para alcanzar nuestro objetivo.

Con sábanas y toallas formamos un bulto que colocamos en la cama de Fabiola, más o menos del tamaño de su cuerpo, para que pareciera que estaba durmiendo bajo las frazadas. Para asegurarnos de que nadie sospechara, bajamos completamente la persiana del dormitorio. De ese modo, si alguien entraba de casualidad al cuarto, la oscuridad también nos ayudaría en el camuflaje.

Fabiola permaneció esperándome escondida junto a la escalera mientras yo bajaba para hablar con mi madre. Le anuncié que Fabiola se había quedado dormida y que yo pensaba darme un baño.

Mi madre se sorprendió un poco ante mi espontánea decisión de pasar por agua y jabón. Ella sabía bien que darme duchas



y lavarme no eran mis tareas favoritas, pero seguramente por esa misma razón me contestó muy contenta que le parecía una magnífica idea.

Antes de pasar a la siguiente etapa del plan, tuve buen cuidado de abrir la ducha y cerrar la puerta del baño al salir. Si mamá pasaba caminando por ahí, oiría el agua cayendo y no dudaría de mi presencia dentro de la casa. El problema era que nadie se queda mucho rato bañándose sin llamar la atención, por lo que nuestro truco nos daba poco margen de tiempo. Igualmente, confiaba en que sería el suficiente para llegar a nuestro refugio, comprobar que JuanA ya no estaba ahí dentro y volver.

Una vez terminados los preparativos, Fabiola y yo abandonamos la casa por la puerta principal, sin ser vistas por mamá, que preparaba el almuerzo en la cocina. Recorrimos rápidamente el pasillo de césped que bordea la casa, una detrás de la otra, sin hacer un solo sonido; parecíamos verdaderas agentes secretas.

Todo iba muy bien hasta que divisamos a Batán y Fabricio jugando al fútbol en los árboles del fondo, exactamente en el lugar por el que necesitábamos pasar.

Nos miramos una a la otra en silencio sin saber cómo seguir con nuestro plan. Teníamos un inconveniente grande para llegar a la guarida secreta y debíamos solucionarlo pronto, antes de que se acabara el agua caliente de la ducha.

Y entonces, mientras buscábamos una solución ingeniosa para resolver nuestro problema, la pelota con la que jugaban mis hermanos vino volando por los aires y se posó justamente a nuestros pies.

Yo solo alcancé a pensar que si Batán y Fabricio nos encontraban jugando, todo nuestro plan se iría al tacho de la oscura. En cambio Fabiola, para un momento de silencio, tomó el balón del suelo muy despacio y se inclinó para nada de su posición de juego hacia lo caso de los vecinos. Eso nos salvó.





Y entonces, mientras buscábamos una ocurrencia ingeniosa para resolver nuestro problema, la pelota con la que jugaban mis hermanos vino volando por los aires y se posó justamente a nuestros pies.

Yo solo alcancé a pensar que si Batán y Fabricio nos encontraban juntas, todo nuestro plan se iría al tacho de la basura. En cambio Fabiola, para mi completo asombro, tomó el balón del suelo muy decidida y, sin explicarme nada, de un puntapié lo envió hacia la casa de los vecinos.

Antes de que yo lograra preguntarle por el sentido de hacer aquello, mi amiga ya se había escondido detrás de una espesa mata de arbustos.

Batán y Fabricio llegaron corriendo en busca de la pelota perdida y entonces creí comprender lo que Fabiola se proponía.

—¿Viste la pelota? —me interrogó Batán mientras buscaba confundido a mi alrededor.

—Sí, perfectamente. Voló por arriba de la alambrada, debe de estar en el patio de al lado —le contesté.

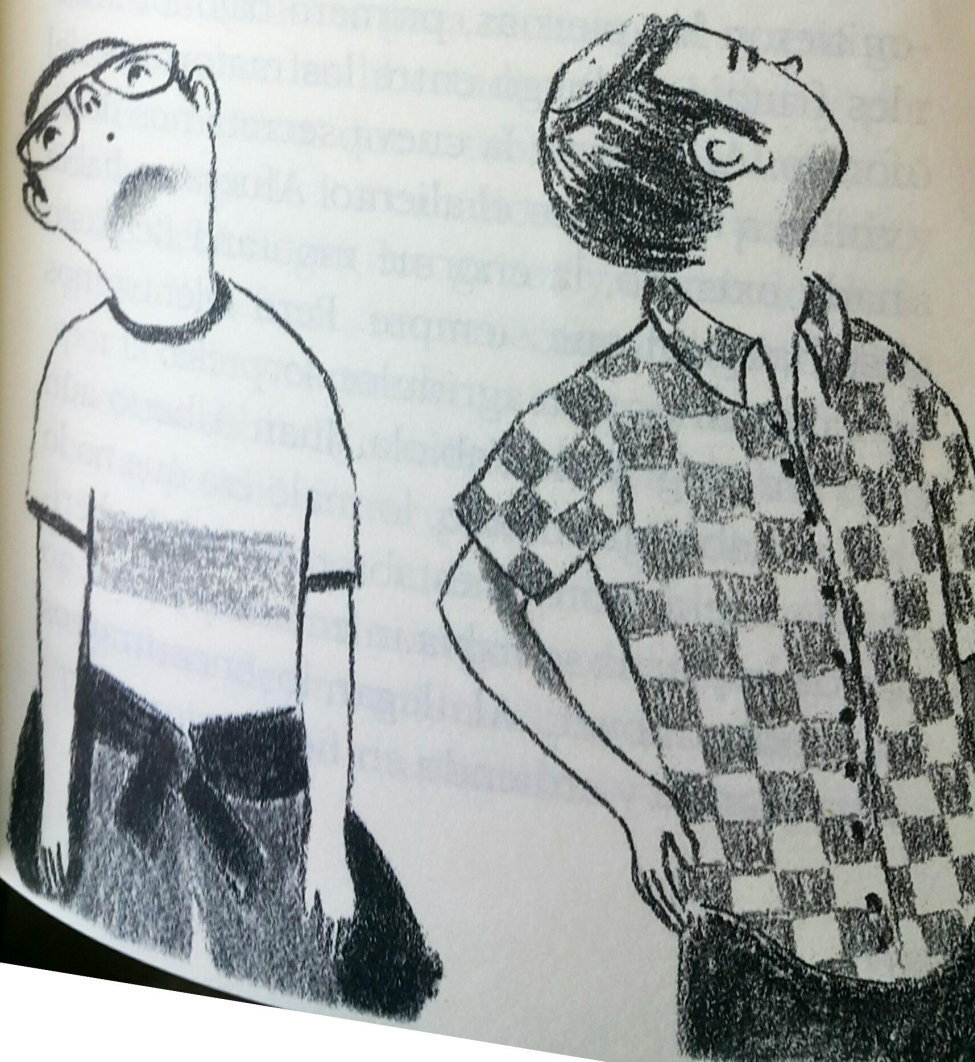
Batán y Fabricio miraron alternativamente a la alambrada y a mi persona. El muro de alambre era altísimo, y aunque yo ponía mi rostro más angelical, les costó convencerse de que les contaba la verdad.

Ellos habían visto que la pelota no había volado alto, y si a eso sumamos que mi presencia en aquel rincón de la casa resultaba bastante rara, las dudas sobre el modo en que había salido la pelota de nuestro jardín aumentaban.



Sin embargo, sea porque no estaban seguros de mi culpabilidad o porque no tenían ganas de pelear, se fueron corriendo hacia la calle.

Les esperaba una larga conversación con la señora Estrella, nuestra vecina, una viejita dulcísima que jamás dejaba pasar la oportunidad de dar un buen sermón a cualquier





niño que se presentara a buscar una pelota a su casa. Siempre nos daba la misma charla acerca de la naturaleza, el respeto que le debemos a las plantas y a todos los seres vivos, para terminar con la amenaza de que pincharía la estúpida pelota si volvía a caer otra maldita vez en su jardín.

Fabiola salió de su escondite y chocamos nuestras manos en el aire en señal de victoria. Había sido un engaño muy astuto.

Corrimos a toda la velocidad que nos permitieron las piernas, primero bajo los árboles frutales y luego entre los matorrales del fondo. Al llegar a la cueva secreta nos detuvimos a recuperar el aliento. Afuera no había nada extraño, la enorme montaña de pasto estaba igual que siempre. Pero adentro nos encontramos una agridulce sorpresa.

Para alegría de Fabiola, Juan Alberto aún no se había marchado, lo malo era que no lo había hecho porque estaba enfermo. La herida de la pierna se había infectado y JuanA no se podía mover. Al llegar lo encontramos dormitando y ardiendo en fiebre.



Fabiola lo despertó sacudiéndolo con suavidad. Al verla, JuanA se emocionó muchísimo.

—Fabiola, qué lindo verte —murmuró. Después intentó erguirse un poco, pero el mareo no se lo permitió y volvió a recostarse.

—Aquí estoy —respondió mi amiga acercándose mucho. A pesar de la penumbra conseguí notar la preocupación de su rostro.

En voz bajita, JuanA narró para su prima lo que había pasado en el liceo. La reunión de los estudiantes para reclamar al nuevo gobierno sobre las libertades prohibidas y por los compañeros que estaban presos. Le contó de la carga de los caballos por los pasillos y aulas del colegio, los gritos y el miedo de la gente. Y al final, remató contando su huida por la calle y el momento en que, recordando la cueva sobre la que Fabiola le escribió en la carta, decidió entrar para refugiarse.

—Cata me ha cuidado muy bien —agregó, y yo me sentí avergonzada y a la vez tan orgullosa de mí misma que la cara se me puso roja como una sandía—. Me ayudó a



curarme la pierna y vino de noche a traerme agua.

Esto último me dejó desconcertada. Si bien había pensado en salir durante la madrugada para visitarlo, la verdad era que el miedo me había impedido levantarme de la cama.

—Yo no vine en la noche, JuanA, solo nos vimos en la tarde —le aseguré.

Él también pareció perplejo.

—Pero estoy seguro de que alguien me dio agua durante la noche. Tuve mucha sed, por la fiebre, y aunque estaba muy oscuro, sé que alguien vino dos veces.

—Lo habrás soñado —dijo Fabiola dando por cerrado el asunto—. Debemos irnos pronto. ¿Qué hacemos? ¿Avisamos a los papás de Cata que te sentís mal?

—No, todavía no.

—¡Pero necesitás medicinas! ¡Y un médico! —exclamó Fabiola alarmada.

—Es una infección; preciso antibióticos.

—Los conseguiremos —afirmé yo en un arranque de entusiasmo, aunque sin la menor idea de cómo lograrlo.



Así fue que decidimos realizar un último intento por nosotras mismas antes de pedir ayuda a los adultos.

Quedamos en volver muy pronto, lo antes que pudiéramos, con comida, agua y medicamentos, y salimos corriendo a todo trapo.

Al entrar a casa, Fabiola se metió de cabeza en la cama y yo pasé de inmediato al baño para cerrar la ducha. El plan había resultado: mi madre no nos había visto salir y tampoco nos vio volver.

Mientras me mojaba el pelo frente al espejo, para fingir que realmente me había bañado, me quedé pensando en las palabras de JuanA.

¿Habría sido un sueño que alguien le llevaba agua?

La voz de mamá llamándome para poner la mesa me alejó de mis pensamientos. Tenía mucho por hacer, pero la duda que más me atormentaba, por lo urgente, era cómo conseguir los medicamentos que acababa de prometer a Juan Alberto.

Rómulo se quedó a comer ese día con nosotros. El padre había salido para comprar unos repuestos nuevos para el auto —se pasaba la vida entera ocupado en desmontar y arreglar el motor de su coche— y la madre, que trabaja como enfermera, estaba nuevamente de guardia en el hospital.

«Enfermera». Ahí mismo se encendió una lucecita en mi cabeza. «Claro —pensé—, la madre de Rómulo seguramente tiene en casa muchos medicamentos y sabe usarlos». Le toqué el pie por debajo de la mesa a Fabiola



y, cuando tuve su atención, con una gran sonrisa le anticipé en un murmullo:

—Ya sé cómo conseguir lo que necesitamos.

Después del postre nos detuvimos un momento a solas junto a la escalera. Yo estaba apurada por ir tras mis hermanos, así que le pedí que me esperara en el cuarto.

—¿Adónde vas? Quiero ir contigo.

—No, levantarías sospechas. Solo saldré un minuto. Rómulo...

Antes de que pudiera informarle sobre el plan, mamá llegó hasta nosotras y apoyó una mano sobre la frente de Fabiola.

—Creo que todavía hay un piquito de fiebre —afirmó cariñosa—. Nada que una siesta no arregle.

Apoyándole un brazo sobre los hombros la llevó escaleras arriba. En el trayecto mi amiga no paraba de girarse para hacerme morisquetas, interrogándome con los gestos sobre mi objetivo. Con una mano en el aire le indiqué que conservara la calma y salí.

Ya en el fondo me acerqué adonde estaban mis hermanos y Rómulo. Con un montón de figuritas de fútbol y agachados en el piso, jugaban a la tapadita; como siempre, Fabricio venía ganando y ya tenía un mazo enorme. Antes de que alcanzara a decir nada, Batán ya me estaba echando de allí con su típica frase.

—Salí de acá, Catalina. Estamos jugando. Pero esa vez no me dejé amedrentar.

—No —contesté muy seria, y me les paré firmemente enfrente, con las manos apoyadas en la cadera—. Necesito que me hagan un favor. Estoy metida en un problema de verdad.

Pronuncié la última frase mirando a Fabricio directamente a los ojos y remarcando la palabra «problema» para que mi hermano mayor se diera cuenta de que no se trataba de una travesura ni de un juego.

No me hacía gracia tener que pedirles un favor a ellos tres, que siempre me estaban molestando, pero uno debe saber sus límites y, sobre todo, reconocer el momento en